

# EL ECO DEL TÓRMES.

REVISTA SEMANAL CIENTÍFICO-LITERARIA Y DE INTERESES MORALES Y MATERIALES.

DIRECTOR

**D. FERNANDO ARAUJO GOMEZ,**

REDACTORES Y COLABORADORES.

Estevez de G. del Canto (D. Josefa)  
Lozano de Vilchez (doña Enriqueta)  
Príncipe de Llácer (doña Clotilde A.)  
Sevillano de Toral (doña Josefa).  
Sinués (doña María del Pílar.)  
Tartilán (doña Sofía).  
Arés y Sanz (D. Mariano).

Bonafoux (D. Luis.)  
Castelar (D. Emilio).  
Castro y Valdivia (D. Gonzalo de).  
Dócel y Ordaz (D. Domingo).  
García del Canto (D. Antonio).  
García Dóriga (D. Alfredo).  
García Martín (D. Lucas).

Guerra (D. Ladislao.)  
Guerrero (D. Teodoro.)  
Herrero (D. Manuel).  
Moreno Castañón (D. José).  
Navarro Izquierdo (D. Luciano).  
Pastor y García (D. Matías.)  
Pastor Jaldón (D. Emilio).

Rafael Luna.  
Robert (D. Roberto).  
Rodríguez de la Torre (D. Teodoro).  
Segovia y Corrales (D. Alberto).  
Varela Silvari (D. José María).  
Villar y Macías (D. José).  
Villar y Macías (D. Manuel).



EDITOR PROPIETARIO,

**D. FRANCISCO NUÑEZ IZQUIERDO.**

PRECIOS DE SUSCRICION.

Salamanca, un mes. . . . .	3 reales.
Tres meses. . . . .	9
Fuera, un mes. . . . .	4
Tres meses. . . . .	10
Extranjero y Ultramar. . . . .	Doble.

Los editores y autores que deseen se ocupe El Eco de sus obras remitirán dos ejemplares á la Direccion.

PUNTOS DE SUSCRICION.

En Salamanca: en la Direccion, Patio de Escuelas, 4, donde se dirigira to la la correspondencia, y en la Administracion, plazuela del Carrillo, núm. 28.  
Pago adelantado en libranzas ó sellos de franqueo.  
No se devuelven los escritos.

SUMARIO.

*El hombre y la unidad de su especie*, por Fernando Araujo.—*El Amor el placer y la gloria*, novela (continuacion), por Fernando Araujo.—*El doctor y el estudiante*, cuadro dramático (conclusion) por Rafael Luna.—*Para tí...* poesia por Roberto Robert (hijo).—*Mis quejas*, poesia, por M. Rodriguez Gautier.—*Epigrama*.—*Bibliografía*.—*Miscelánea*.

ADVERTENCIA.

Los señores suscritores de fuera de la capital al quedar en descubierto de sus pagos deben creer sin duda que los periódicos se sostienen del aire, y se equivocan grandemente. Al suscribirse debian saber su obligacion, y jamás debieran aguardar á que se les dirigieran advertencias que nos repugnan. Hemos aguardado pacientemente en la creencia de que todos cumplirian su deber y por eso hemos callado; de aquí en adelante no guardaremos consideraciones, y por lo tanto:

1.º Los suscritores que en el presente mes no hayan saldado sus cuentas aparecerán una lista de insolventes, sid perjuicio de que adoptemos las medidas oportunas para realizar sus deudas.

2.º Los que han satisfecho el importe de

los mensualidades vencidas deben tener presente que EL PAGO ES ADELANTADO. A estos les suplicamos que no se retrasen.

3.º La empresa de EL ECO DEL TÓRMES, deseosa de introducir todas las mejores posibles ha encargado una nueva fundicion como puede verse y tiene en su poder multitud de originales de los mejores escritores de España que irán viendo la luz pública oportunamente. Sacrificios son estos que merecen algo y nosotros no pedimos sino que cada cual cumpla con su deber.

EL HOMBRE Y LA UNIDAD DE SU ESPECIE

Un inmenso sudario de nieve envolvía el universo; ni un punto culminante, ni una depresion, ni el más mínimo detalle que permitiera descansar á la vista de aquella monotonía abrumadora, se extendía en la llanura sin límites. Aquí y allá se percibían algunos animales, gigantescos esfuerzos de un modo impuesto en la creacion, el *Mammuth*, el *Bosprimigenius*, el *Ursus spelæus*, abrigados por sus melenudas y gruesas pieles, defensa que la naturaleza les entregaba para resguardarse de aquella temperatura de hielo.

El mundo mismo se hallaba cambiado considerablemente en su forma; no era la España una peninsu-

la, ni el Sahara un desierto de arena, ni el Caspio un inmenso lago, ni el Atlántico separaba la Europa de la region soñada por Colon... nada de esto. El Caspio estaba convertido en golfo del Hiperbóreo mar; el Aral vertía en él sus aguas; las columnas de Hércules estaban unidas entre sí por una legua de tierra; el paso de Calais no existía; el estrecho de Messina no escuchaba tampoco las voces de Seilla y de Caribdis; el Sahara se hallaba invadido por un mar, adelantándose y realizando antes el proyecto que hoy se agita, y entre la Europa y la América se alzaba otro mundo de maravillas, el mundo de que nos habla Platon en su *Times*, hundido en el abismo á la súbita aparicion de los gigantes de piedra, las montañas.

Mas hé aquí que un calor salido de las entrañas del globo deshace el hielo y lo liquida; todo cambia en la faz de la tierra: el viejo coronado de canas invoca un Dios desconocido, y vedle convertido en el jóven Fausto, de Goethe, en el desnudo y delicioso Adan del *Diablo mundo*, de Espronceda. Sacude su melena blanca y esta se evapora entre los mares y deja lugar á una cabellera juvenil llena de savia y lozanía. Las plantas, mustias hasta entonces, agoviadas bajo aquel manto de nieve, abren sus corolas y le inciensan y perfuman; la nieve se ha trocado en mansos arroyuelos y dilatados mares que susurran cánticos de alabanza; la tierra misma, llana hasta entonces, ha respirado con fuerza, y los inmensos glaciares se han desgarrado con ruidoso estrépito; sus blancas masas se han alzado hasta las nubes, y chocando, saltando, precipitándose, se han roto en mil pedazos, abriendo paso á las montañas, las colas capaces de desgarrar la inmensa sábana, surgiendo con sus coronadas cimas y abriendo nuevos horizontes al arte; en algunas de esas moles gigantes y en su cúspide se ven todavia los despojos del vencido; en otras brota el fuego triunfador, y las llamas de los encendidos volcanes semejan las banderas con que el elemento igneo pregona con orgullo su victoria.

Ha llegado el momento supremo, la hora sonó en el plan divino y el hombre apareció, débil, sí, pero dominando con el fuego de su mirada la naturaleza entera. «Antes de él, en una tierra baja, casi todos los séres andaban con la cabeza inclinada hácia el suelo; de aquí se me figura deducir vagamente que la fuerza que levantó los Alpes, los Pirineos, el Cáucaso, el Himalaya, obró tambien de una manera que es todavia incomprendible para mí sobre ese sér nuevo y le marcó con un tipo nuevo, la estacion recta. Creo tambien sentir que debió hacer y producirse primero en alguna meseta desde donde veia encima de sí una region montañosa que atraía sus miradas hácia lugares más altos, y le obligaba así á levantar la cabeza hasta encontrar el cielo. No, el hombre no podia nacer y for-

marse en la playa llana del mar jurásico, hecha para los reptiles; tampoco podia aparecer en la isla carbonífera, ni en las impenetrables malezas de la primera selva terciaria, donde se perdian los cuadrúpedos y por donde se deslizaban los monos conservando una actitud oblicua. En los hábitos de su cuerpo reconozco su cuna: esa cuna fué un alto escaño, abierto en la ladera de las montañas que acababan de surgir y desde donde ve los continentes desplegados en torno suyo y las cumbres que le brindan á hollarlas bajo sus piés. Al escalar una roca escarpada el hombre se encuentra naturalmente de pié y vió el cielo por la vez primera; aún hoy está en la actitud de un sér á quien un primer movimiento impele adelante hácia los lugares altos. Está derecho, va, sube; tal es el sello que desde un principio le fué impreso para siempre.» (1)

De una sola ojeada comprendió el hombre todo su destino. Tuvo que luchar y luchó: lucha con el hambre, lucha con la sed, lucha con el frio, lucha con el calor, con los animales, con la oscuridad, con el espacio, con el tiempo, con el movimiento, con sus semejantes, con las tinieblas de su razon, con la naturaleza entera y consigo mismo; lucha con todo. Y de conquista en conquista, de progreso en progreso, de etapa en etapa, de civilizacion en civilizacion rompe una y otra vez los estrechos moldes en que intenta vaciarse, é impresa en su alma la idea de lo infinito, se apodera de ella y lucha por realizarla.

Hoy se llama Nemrod, y abate la fiera; mañana Prometeo, y roba el fuego al cielo para erigirle un altar en el hogar de su vivienda; otro dia Osiris, ó Dagon, ó Chin-nong, poco importa, é inventa el arado que desgarrá las entrañas de la tierra para fecundarla; otro dia roba sus alas á la eternidad y la fija en el tiempo; se llama Guttemberg, y fija la palabra que desde entonces resuena en el universo por débil que del labio salga; se llama Flavio Gioja, y descubre la brújula; se llama Colon, y descubre el Nuevo-Mundo; se llama Gregory, y con el telescopio en la mano nos muestra las tierras del cielo; se llama Franklin, y detiene el rayo; se llama Francisco Salvá, y fija ese rayo en un alambre y por él se comunica con la humanidad entera; se llama Blasco de Garay, y aprisiona el agua en la caldera é inventa el barco de vapor, que luego Wat y Sefchenson trasforman en el wagon que cruza las montañas y los valles con la rapidez del huracan. Y el hombre, encerrado primero en el estrecho círculo de sí mismo, se encuentra en su corazon un fondo desconocido, el amor, á cuyo calor brota la familia; rómpese el círculo de la familia para formar la tribu, la tribu se convierte en nacionalidad y el hombre adquiere una nueva madre, la patria; y aún no contento, aún cre-

(1) Edger Huinet: La Creacion.

yendo pequeño el amor de la patria, aún juzgando estrecha la esfera de la nacionalidad para ejercitar su potencia de acción, extiende cariñoso sus brazos donde quiera y suena la hora de confundirse todos en una sola aspiración, en un solo deseo, en un solo amor, en un solo trabajo; y desaparecen las antipatías de pueblos, de razas, de nacionalidades, y el bien y la felicidad de cada uno es el bien y la felicidad de todos, y en el corazón de cada individuo late el corazón de la *humanidad*, fórmula suprema y última del amor del hombre, de la esfera de la actividad humana.

## II.

Magnífico, grandioso es el cuadro que la historia del hombre presenta á nuestros ojos; siempre en lucha y victorioso siempre. Solo conspirando todos á una misma obra, solo caminando todos á un mismo fin, solo confundiendo todos nuestros deseos en un común deseo, nuestros gritos en un solo grito es como se comprende esa redención continua de la materia por el hombre, esa constante reacción del hombre sobre la naturaleza y sobre su misma finitud. Y vencemos siempre, porque nuestros esfuerzos forman un solo esfuerzo de potencia irresistible; y triunfamos siempre, porque siempre aunados nos batimos; y alcanzamos siempre la victoria, porque sumisos siempre á la voz de un solo jefe, la Razon, todo se humilla á nuestro paso; y el tiempo siempre nos sonríe, porque todos nos auxiliamos, porque todos contribuimos á la grande obra, porque nuestras fuerzas se centuplican ante los obstáculos; y hacemos todo esto, porque un solo aliento nos anima, porque una misma sangre circula por nuestras venas, porque una misma llama enciende nuestro pensamiento, porque una misma madre nos encerró en su seno, ¡porque todos somos hombres! porque todos somos hermanos! *¡Amaos los unos á los otros!* Sublimes palabras del mártir del Gólgota, que son el compendio de la creación, el resumen de todas nuestras obras, la síntesis de nuestras acciones, la epopeya de nuestras luchas, la fórmula del progreso, el símbolo de la humanidad.

¡Sí! mil veces sí! todos somos hombres! todos somos hermanos! Desde el hombre de las teocracias orientales hasta el del ateísmo politeísta de la Grecia; desde el demócrata ateniense al aristócrata espartano; desde el monarca de derecho divino hasta el ciudadano de nuestros días. Todos tenemos un origen común, una común madre, llamadla como queráis, que poco importa. No ha existido en el tiempo, desde la aurora de los siglos, desde la oscura prehistoria hasta nuestros días un ser hermano en cuyo corazón no exista la llama divina del amor. No ha existido en el espacio desde las tribus esquimalas que vegetan entre los témpanos del Norte con una noche de seis meses, hasta las

tribus ribereñas del Sahara, ese mar de arena agitado por el soplo del *Simoun*, que abrasadas por los rayos de un sol canicular se agostan tempranamente, un hombre cuyo cerebro no albergue un pensamiento.

¡El hombre es el mismo, siempre y donde quiera! En la India brahmánica ó védica, con sus metafísicas concepciones, sus poemas y sus desgraciados *sudras*, producto de una odiosa legislación de castas, como en el Egipto Sacerdotal, con sus pirámides, su Nilo, sus juicios de los muertos; en la Persia, monárquica hasta el delirio, con sus *catures* y *asgares*, su religión dualista, su legislación zoroástrica; en el Celeste imperio, con sus invenciones y su apego al aislamiento, como en la Palestina, teocrática por excelencia, con su Jehová, sus profetas, sus instituciones mosaicas; en la Grecia artística, como en la Roma conquistadora; entre los bárbaros que duermen el sueño de la ignorancia aquende y allende el Cáucaso, entre las tribus beduinas que aguardan ansiosas el paso del peregrino musulmán, como en el imperio de los Jucas y en el de los Motezumás; en la libre Inglaterra, en la cosmopolita Helvecia, en la reconstituida nacionalidad germánica, en los modernos Estados-Unidos, que desde la salvaje América nos dan ejemplo dejándonos atrás en la senda de la civilización y del progreso, como en la Colonia del Cabo, como en las Stepas de la Siberia, como en los papuas de la Veceina, como en los bosques de la república Argentina.

¡El hombre es el mismo, siempre y donde quiera! Registra las tradiciones de pueblos tan distantes entre sí como los indios y los escandinavos, de tan diversas costumbres como los otaitianos y los persas, de tan diversos caracteres como los tibetanos y los australianos y en ellas vereis resplandecer la conformidad más completa en las creencias teológicas y cosmogómicas. Analizad, escudriñad, comparad las diversas lenguas y en ellas encontrareis la mayor semejanza, en ellas encontrareis sorprendentes analogías que llevarán á vuestro ánimo la más profunda convicción de que todas ellas son formas progresivas de un tipo primitivo, cuyos restos se ha repartido la humanidad desarrollándolos, amoldándolos á sus necesidades, imprimiéndoles el sello de su carácter y de las condiciones anteriores de su existencia. Examinad por otra parte la distribución geográfica de las razas, preguntadlas por su cuna primera, y el hallar que los del Este le refieren al Ocaso, las del Mediodía al Norte y reciprocamente, prolongad las líneas que marcan esas direcciones, y al verlas converger en un centro común de irradiación, la cuna de la humanidad, habreis resuelto el problema.

¡El hombre es el mismo en todo lugar y en todo tiempo! No hay diferencia esencial entre unos y otros. Todos sentimos, queremos, pensamos y hablamos; todos poseemos la inteligencia y la palabra, atributos

de nuestra soberanía sobre la creación, ¡Bah! ¿qué importa, después de todo, una variante en el color, qué unos grados más ó menos en la abertura del ángulo facial, qué unos centímetros más ó menos en la longitud del cabello, qué la colocación horizontal ú oblicua de los párpados, qué una ligera variación en el lugar que ocupa el agujero occipital? Nada absolutamente. ¡Singular y más que extravagante empeño de discusión la que muestran algunos sábios al querer fundar en tan pobre base el edificio de las diferencias humanas, al querer fundar con tan menguados argumentos la teoría de la pluralidad de especies... ¿y en qué ocasión? cuando al fin la humanidad conoce el salvador principio del sublime mártir y proclama con todas las fuerzas de su alma la fraternidad universal. ¡Vano empeño de discusión! En el corazón del árabe nómada, como en el del europeo sedentario, brota el divino fuego del amor; en la mente del esquimal como en la del tibetano hierve la aspiración sublime al infinito; en la conciencia del hombre de la edad de piedra como en la del alemán de nuestros días, se hallan impresas con imborrables caracteres las ideas de lo bueno, de lo bello, de lo justo, y unos y otros las realizan por medio de la ciencia, del arte, de la religión, del derecho, de la industria, de las mil y una manifestaciones de la actividad humana, siempre en evolución, de las mil y una manifestaciones del trabajo, redentor de la humanidad, castigo y premio del hombre.

FERNANDO ARAUJO.

## EL AMOR, EL PLACER Y LA GLORIA.

NOVELA ORIGINAL

DE

FERNANDO ARAUJO GOMEZ.

(Continuación.)

Si tuviera que perdonar á unos ó á otros, perdonaría á estas obreras de la disolución mejor que á esos verdugos ó ladrones de la honra. El hombre elige. La mujer es elegida. El hombre fuerte; débil la mujer. Apenas hay arte en la seducción de una mujer porque es crédula, porque se la persuade fácilmente, porque se la elige entre las débiles para hacerla sucumbir más pronto. La mujer, al contrario, para tomar la revancha tiene que aguardar á que vaya á ella un hombre á quien no conoce, que no puede estudiar, lleno de intrigas, avezado á todo. No obstante, lo vence. Hay aquí más arte, más talento. Por eso digo que mejor perdonaría á la mujer disoluta que arruine al hombre, que el hombre único que quita su honra á la mujer, aunque unos y otros son indignos de perdón.

Pero observo que me separo un tanto de la novela y ya es hora de que ponga al corriente á mis lectores de las novedades que en la hospitalaria Suiza ocurren, que á decir verdad no son pocas.

Doce días, digo, habían pasado desde que, con la ayuda de una sencilla narración matrimonial, nuestros jóvenes habían sido recibidos por la brillante sociedad del lago.

El marqués del Zitto no había tardado en ponerse en inteligencia con Clotilde. A Fernando no le pareció historia muy verídica la del matrimonio de los desconocidos y siguió persiguiendo á Clotilde. La elección de esta no era dudosa: la fortuna de Julio iba en rápida decadencia; la de Fernando era magnífica, y se hallaba intacta. No faltaba sino un pretexto y aquel lazo le rompería. Clotilde acechaba la ocasión propicia. Lo mejor de todo era acelerar la ruina de Julio; con eso se acababa más pronto y salía ella más gananciosa. Tal fué el plan que combinó y enseguida lo puso en práctica.

Julio se había apercibido de que tenía un rival temible; quiso marchar, pero Clotilde se opuso resueltamente; le acarició, le juró, y á aquel hombre le faltó la energía; quizá creyera todavía que podía dominar la situación; él temblaba, se había apegado á Clotilde con un amor puramente sensual, pero ardiente, loco, delirante; Clotilde era su vida, porque la vida de Julio era el placer, el placer de los sentidos y aquella mujer, educada para ello, exuberante de vida, lujuriosa, hermosísima, le absorbía, le embriagaba.

Clotilde pidió joyas, pidió vestidos, pidió carruajes; era preciso no ser menos que ninguna de sus vecinas y así se lo hizo ver á Julio; los montones de oro y de billetes desaparecían del cofre de Julio con rapidez. Julio lo veía, pero nada podía hacer; aquella mujer lo dominaba por completo, á cambio de sus caricias se hubiera hecho su esclavo. Se rebajó hasta el punto de ofrecerle su mano y sufrió la humillación, aunque bien dorada con palabra, de ser rechazado. Era el extremo de la infamia.

Por fin llegó un día, el día doce, después de su entrada en el mundo, si así se puede decir, en el mundo del lago Lemán. Clotilde había pedido un aderezo de brillantes semejante al que llevaba la noche anterior la duquesa italiana Primatelli. Era un aderezo que costaba 12.000 duros por lo menos. Julio se resistió cuanto pudo; ella le colmó de caricias, llegó á verter lágrimas: Julio sucumbió. Ofreció ir á la próxima ciudad y traérselo á la noche: sería exactamente igual porque el joyero sería el mismo. Clotilde bien informada, le dió las señas de la casa con el nombre del joyero.

Julio se dirigió al cofre; temblaba como un azogado; preveía que su ruina se acercaba, que quizá estaba ya encima ¡Desgraciado! No sabía toda la extensión de su desdicha.

Ya sé donde vá, se dijo, al aderezo le arruina. Veremos.

Abrió el cofre, sacó y se puso á contar; buscó, remiró todos los rincones ¡nada! su fortuna estaba reducida á 10.000 duros poco más. ¡Y necesitaba doce mil para satisfacer el capricho de Clotilde! ¿y luego? podría pedir prestado. ¿A quien? ¿con que garantía? Pediría á su madre. ¡Su madre! su madre tenia apenas para vivir, pues todo se lo habia llevado él y vendido al mínimum de su valor. ¿Qué hacer? Por de pronto necesita 2.000 duros. Dos mil duros que en otro tiempo no eran nada y que ahora le parecen toda una fortuna.

¿Qué hacer? no valdria más decir su situacion á Clotilde? podrian hacer economías, colocar su dinero ventajosamente y vivir todavia y gozar. ¡No! no! ¿qué dirá ella? Por ciego que Julio estuviera sabia lo que era una mujer de aquella clase; son unas máquinas como otras cualquiera; mientras se las dé aceite andan bien; si les falta el aceite se paran. Era necesario callar, callar y arruinarse.

De pronto surgió una idea en la mente de Julio.

¡Jugaré! exclamó quizá la fortuna me favorezca; en Madrid no tenia rival; veremos aquí;

¡El juego! cuánto se ha escrito sobre! ¿quién no conoce sus emociones, sus hechos! Es la pasion más terribles, la más infame de todas, la que pierde más familias y más honras. ¡Maldito sea el juego!

Julio salió de su histórico *chalet*, impropriadamente así llamado, sobreescitado, nervioso; Clotilde lo vió partir de aquel modo y solo tuvo para el una carcajada.

Y aguardó la llegada de Fernando, á quien por vez primera concedia una cita.

El jóven marqués espiaba en los alrededores y apenas vió salir á Julio se dirigió á la casa de Diodati.

No se le hizo aguardar mucho.

Fué introducido en una sala, adornada con un lujo oriental. Allí estaba Clotilde radiante de hermosura.

Julio se acercó á ella. Apesar de su aplomo de su ventajosa situacion, de sus hábitos sociales, se hallaba medio cortado, aquella belleza tan sinigual le arrebatava, le imponia.

Clotilde estaba, á decir verdad, encantadora más que nunca. Sabia lo que iba á ocurrir y habia echado el resto como suele decirse; apenas marchó Julio, se vistió elegante, aunque sencillamente, estudió en una luna veneciana sus mejores miradas y sonrisas y se sentó negligentemente en una postura naturalmente incitante aguardando la llegada de Fernando. El cuerpo de su vestido, algo escotado, permitia ver un argenta de alabastro, mórvida y turgent; y adivinar mayores encantos todavia.

Fernando quedó mudo de admiracion. Fué preciso que la voz vibrante de Clotilde le sacara de su estupor y que una mano diminuta, suave, cogiera la suya y le obligara á sentar.

Más que un calavera parecia Fernando un colegial recién salido del colegio.

(Se Continuará.)

## EL DOCTOR Y EL ESTUDIANTE.

### ESCENA ÚLTIMA.

Dichos, D. César, despues Blanca.

Vedle, Don Felix es, espada en mano, sereno el rostro, firme el corazon.

(Espronceda.—El estudiante de Salamanca.)

D. Cés. Tarde es ya: si acaso Blanca se ha cansado de esperarme.... Tiene cerrado el balcon: ¡vive Dios! Si no pude antes librarme de aquellos locos.... ¡Buenos los deje! Fué lance tener que ahogar en vino su impertinencia causable. ¡Y Blanca ya no me espera cuando mi pecho anhela e viene buscando su amor!.... ¿La llamaré? Ya es muy tarde y nadie me oye; ella no, si espera mi voz amante.

Rompió el silencio de reloj cercano una aguda y vibrante campanada que difundida por el viento vano fué su nota á lo lejos disipada.

D. Cés. La una; yo me aventuro. A estas horas en la calle, si vela alguno, es mi ana la que me espera.

Alfonso. ¡Atrás, cobardel  
Con voz siniestra, con semblante fiero,  
y desnudo el acero  
que centellea en la valiente mano,  
asi increpa el hermano  
de Blanca al atrevido  
y arrogante D. César, que movido  
por su impura pasion, el pié ponía  
sobre los hierros de traidora reja  
que de Blanca el balcon paso le deja,  
y por donde él has'a su amor subia.

Al verse detenido de repente con semblante impaciente al importuno mira diciéndole con ira:

D. Cés. ¿Quién sois vos?  
Alfonso. Soy quien su honor quiere lavar en tu sangre.

**D. Cés.** (Por Dios, que si no me engaño heme aquí el maton de Flandes)  
¿Qué me quereis, buen amigo?

**Alfonso.** Defiéndete.

**D. Cés.** Fuera honrarte demasiado si mi acero llega en tu sangre á mancharse.

**Alfonso.** Y fuera en mi eterno oprobio sangre en las venas dejarte.

**D. Cés.** Mi noble espada jamás con la tuya ha de cruzarse.

**Alfonso.** ¿Tu cobardía pretendes con tu nobleza escudarme?... Te engañas. Mi honor manchado á voces pide tu sangre, y he de verterla ó la vida quiero en tus manos dejarte. Defiéndete.

**D. Cés.** No; y te advierto que empiezas á impacientarme.

**Alfonso.** Defiéndete, si no quieres que escupa tu rostro infame.

**D. Cés.** ¡Necio! ¿no ves que no quiero bajamente asesinarte?... ¿Qué eres tú? ¿qué es tu valor? ¡Y vienes á provocarme!

**Alfonso.** Antes muerto que insultado por tí.

**D. Cés.** Lo quieres pues baste. Y al verse por Alfonso acometido, con serena arrogancia se desemboza impávido Don César y su buena tajante de Toledo de la vaina con calma desaloja

Al ruido de los aceros, oprimido el corazón, se asoma Blanca al balcón temiendo trance fatal.

Y á la llama vacilante de la luz del santo Cristo sus bellos ojos han visto una contienda infernal.

**Blanca.** ¡Ruido de espadas! ¡Dios mio! ¡Favor! ¡favor!

**D. Cés.** (Blanca sale al balcón: sufro por ella.)

**Alfonso.** (¡Y no he de poder matarle!)

**Blanca.** ¡Socorro!... ¡mi hermano!!!... Cesar, perdónale.

**Alfonso.** No. Matadme ya que me habeis deshonrado y vencedos no me es dable.

Luchando furioso y siempre vencido,

Alfonso ha podido las fuerzas medir del bravo contrario que audaz desafia; vencer ya no ansia; desea morir.

Y el padre infelice que oculto en la sombra con pena maldice su funesto error, corriendo á su hijo cuya muerte teme, turbado le dijo con voz de dolor.

**Doctor.** ¡Hijo!.. ¡hijo mio! favor... sálvate....

**Alfonso.** Nunca.

**Blanca.** ¡Mi padre!

**Doctor.** ¡Ah! ¡ver morir á mi hijo!

**Alfonso.** Primero muerto que infame.

**D. Cés.** El lo ha querido.

**Doctor.** ¡Hijo mio!!!...

**Blanca.** ¡Ay! ¡que matas á mi padre!...

Y cuando César tira la estocada que ha de pasar el corazón valiente del pobre Alfonso, el padre diligente quiere parar el golpe de la espada que se hunde en su pecho ciegamente.

El cuerpo del anciano inanimado en sus brazos recibe con dolor Alfonso, y de su crimen espantado, arrojando el acero ensangrentado, César vuelve la espalda con horror.

Blanca, loca de espanto, presurosa deja el balcón corriendo sin sentido al lugar de esta escena dolorosa y á su padre halla mortalmente herido por la mano de César criminosa.

**Doctor.** ¡Ay, Alfonso!... yo me muero...

**Alfonso.** ¡Dios piadoso!...

**Blanca.** Padre... padre.

¡Ah! matadme á mí, Dios mio, y que mi padre se salve.

**D. Cés.** ¡Qué cuadro tan horroroso! Diera el alma por salvarle.

**Doctor.** Voy á morir, hijos míos... Dios lo ha querido. Escuchadme. Acercaos vos también.

**Alfonso.** No, no, que hierve mi sangre al verle.

**Doctor.** Tente, hijo mio. Yo te lo ruego. ¡Cuán grande es la justicia de Dios!... El vió mi deseo infame

cuando anhelé vuestra muerte  
y ha querido castigarme.  
Alfonso... Blanca... Don César,  
por el amor inefable  
de ese Dios que compasivo  
me mira morir juradme  
los tres... que os perdonareis  
unos á otros.... la parte  
que hayais tenido en mi muerte....

*Alfonso.* Nunca espereis eso padre:  
quiero morir ó vengaros.

*Doctor.* ¿Y quereis tambien que baje  
al sepulcro, atormentado  
de más horribles pesares?  
No; perdónale, hijo mio,  
que él tambien va á perdonarte.

*D. Cés.* Vuestro perdon, noble anciano  
ruego á Dios que no me falte.

*Doctor.* ¿Quién en el nombre de Dios  
no perdona el mal más grande?

*D. Cés.* Gracias, gracias.

*Blanca.* Padre mio;  
¿podreis á mi perdonarme?

*Doctor.* ¡Blanca!... mi encanto, mi amor,  
¡Qué Dios tu dolor ampare.

*D. Cés.* Señor: admitid la oferta  
que aquí Don César la hace  
de su amor y de su mano.

*Blanca.* ¡Jamás! ¡jamás! que en la sangre  
de mi padre está manchada  
esa mano....

*D. Cés.* ¡Perdonadme,  
Blanca, no me rechaceis!

*Blanca.* Yré en un claustro á encerrarme.

*Doctor.* Es tu destino, hija mia.

*D. Cés.* ¡Ah! mi crimen es más grande  
que yo creí.

*Doctor.* Tambien es  
de Dios la bondad muy grande.

*D. Cés.* Y vos ¿me perdonareis?

*Alfonso.* Os perdono.

*Blanca.* Señor: dadme  
vuestra santa vendicion.

*Doctor.* ¡Dios piadoso, perdonadles!  
Dijo el doctor con voz amortecida  
y los brazos en alto levantó,  
y doblando la frente encanecida  
de su hijo en los brazos espiró.

Madrid.

RAFAEL LUNA.

PARA TÍ...

La luz nació para el dia;

El sol para el firmamento;  
La voz para la armonía;  
Para las selvas el viento  
Y para tí el alma mia.

—  
Para el campo son las flores;  
Para el ave los cantares;  
Para la flor los colores;  
Para mi alma los pesares  
Y para tí mis amores.

—  
Los sauces son para el rio;  
Las estrellas para el cielo,  
Para la aurora el rocío;  
Para el águila es el vuelo  
Y yo para tí, bien mio.

ROBERTO ROBOT (HIJO).

Mayo 77.

MIS QUEJAS....

—  
¿Qué importa que los mares nos separen  
Y mis quejas no llegen hasta allá?  
Sí importa; si de nuevo, tu no quieres  
Volverlas á escuchar

—  
¿Qué importa si tu voz tan armoniosa  
No brinda á mis sentidos el solaz?  
Si sé que palpitando junto al mio  
Tu corazon está.

M. RODRIGUEZ GAUTIER.

Valladolid Abril y 19 de 1877.

EPIGRAMA.

—  
Apenas puede sentarse  
La gordinflona Isabel  
Y dice:—Debo estar mala  
Porque no me siento bien

RICARDO SEPÚLVEDA.

BIBLIOGRAFÍA.

—  
DICCIONARIO DOMÉSTICO. *Tesoro de las familias ó repertorio universal de conocimientos útiles.*—Balbino Cortés y Morales.—Madrid.—1877.

Se ha publicado el 2.º cuaderno. Los pedidos á Don Carlos Baylli. Baylliere, plaza de Sta. Ana, 10, Madrid.

\* \* \*

EL INTERMEZZO.—Enrique Heine.—Traducción en verso de Angel Rodriguez Chaves.—Madrid.—1877.—Precio: 2 rs.

Los pedidos á la biblioteca hispano-extranjera, Principe, 20, Madrid.

## EPIGRAFÍA.

### UNA INSCRIPCION HEBRAICA.

Sr. Director del ECO DEL TÓRMES.

Muy señor mio y de toda mi mayor consideracion: En mi carta que dirigí á V. el 27 del anterior á propósito de la lápida hebrea encontrada en Béjar, decia á V. lo siguiente:

«En setiembre último fui á pasar unos dias á Béjar, en cuarentena de los baños de Montemayor. Se estaban construyendo por entonces en dicha ciudad los espacios locales para escuelas públicas, situados á un costado del antiguo palacio de los Luques, y en las obras apareció una lápida con caracteres ilegibles. Este era un buen suceso para mi, que soy dado á las antigüedades. Me avisaron el Alcalde y algunos amigos de que la piedra se iba á fijar en uno de los frentes de la Escuela de niños, en el interior; y como á verla por si era legible y yo podía saber á lo que habia pertenecido. La inscripción era hebrea. Yo no conozco el hebreo, y aunque lo hubiese conocido no me hubiera permitido traducirla, sin consultar antes á los entendidos en lenguas orientales.

El Sr. Losada, profesor de la Escuela municipal, me facilitó copia de la inscripción, que despues de consultado á los Sres. Moreno Nieto, Fernandez y Gonzalez (D. F.) y otros amigos, puedo decir sobre ella lo siguiente:

En la parte posterior del rectángulo, cuya figura ofrece la piedra, se halla un renglon de letras muy incorrectamente trazadas y en particular defectuoso y confuso en lo tocante á la separacion de las dicciones, que forman dichas letras.

La lectura del tal renglon deja lugar á dudas. No obstante, parece leerse claramente, al decir de los entendidos, la primera palabra: *Den* que significa *esto*, y aun colegirse por otras que referirá dicha voz, al *cuerpo*, al *mundo* ó la *vila*, se aplica á la inestabilidad de las cosas humanas. En el lado derecho, correspondiente á la anchura de la lápida, se lee: *Llora..*, En la parte superior *Preciosa*, (*Cabuia*) *hija del Rey*. En el lado izquierdo, letras borradas que indican quizás un nombre ó un número, ó simplemente un nombre propio.

De todo esto se deduce que la inscripción dice que Preciosa hija del rey, ó de rey, entregó su cuerpo al mundo, ó dejó esta vida. La piedra es, pues, sepulcral. No es anterior al siglo XII.»

Tal fué la traducción que pudimos hacer al primer exámen de la piedra hebrea. No me satisfizo mucho, ni pudo satisfacer á ninguno de mis amigos la interpretación dada de primera intencion, y apelamos á estudiar los caracteres ilegibles para ver si podiamos darle otra interpretación más lógica, teniendo que prescindir por completo de la traducción hecha anteriormente.

Despues de maduro exámen y alguna discusión so-

bre varias letras mal trazadas ó mal copiadas, hemos interpretado de nuevo la referida inscripción, leyendo en ella la siguiente:

En el renglon superior hay dos letras mal trazadas y se puede leer así: *Adonai á fta Douáni*, que se puede traducir por *Mi Señor ó mi Soberano, me hallo ante tu presencia...*

En el renglon interior se lee: *Cabdodi*, que se traduce por *Tu amado mio*, ó por *Tu querido mio...*

Las últimas palabras: *Bet Mélek*, se pueden traducir por *Señor de mi casa* ó por *Señor de mi sér...*

Hay ocho letras en toda la lápida, que estan mal formadas, pero se entienden muy bien cuáles podrian ser, y por eso la inscripción se puede leer toda ella de este modo: MI SEÑOR, ME HALLO EN TU PRESENCIA, TÚ AMADO MIO PROTEJE MI CASA.

Tal es la inscripción hebrea que tanto ocupa á los eruditos y anticuarios. Una consideracion más sobre ella, aunque tenga que repetirse lo que en mi anterior.

Béjar es fundación de romanos. En tiempo de Augusto se conocia por el nombre de *De briga Vettonum*, diferente de la Béjar portuguesa (*Pax Julia*) y de *Montevéjar* que no estaba distante.

Los *Vetnes* que poblaron las tierras de *Ambracia* (Vera de Hlascencia), fundaron á Béjar, que engrandecieron los romanos y habitaron despues los árabes del siglo IX.

El palacio de los antiguos Duques de Béjar de Alba, ha sido indudablemente el alcázar de los Reyes moros que gobernaron la comarca, y que como los de Mérida, Badajoz, Niebla, Huelva y otros muchos habian sido gobernadores (*Emires*) y se declararon independientes cuando la invasion de los almoravides.

La inscripción que dejo traducida, será indudablemente la lápida cineraria de uno de estos *Reyes ó Emires* que gobernaron á Béjar y sus pueblos en la última época de la denominacion musulmana.

Nada más puede decirse sobre la referida lápida. Solo añadiré á V. que está invertida, esto es, lo de arriba abajo, y para leerla hay que tener en cuenta esta circunstancia.

La lápida mide un metro 37 cénts. de izquierda á derecha, y 65 centímetros de arriba á abajo.

En algunos puntos se halla deteriorada ó rota y hay algunos cubiertos con cal.

Ni una palabra más sobre esta piedra. Que los eruditos la estudien; que los arqueólogos la examinen y vean qué más hay en ella. Yo, lo repito, no se más.

De cualquier manera algo creo que habremos logrado con traducirla. Los eruditos nos lo agradecerán y los curiosos no menos.

Soy de V. afectísimo y compañero S. S. Q. B. S. M.

NICOLAS DIEZ Y PEREZ.

Madrid 30 de Abril de 1877.

## MISCELANEA.

### SOLUCION Á LA CHARADA.

Lo-co.

SALAMANCA.—IMP. DE NUÑEZ.

